

MÉXICO MONUMENTAL

I. México no es la *ciudad de los palacios*, como dieron en llamarla algunos entusiastas *turistas*, sino la *ciudad de los monumentos*. Repletas están sus bibliotecas de libros raros y valiosísimos, monumentos literarios; repletos están sus museos de códices antiquísimos y monolitos esculpidos, monumentos históricos; por todas partes templos de granito, joyas arquitectónicas, monumentos de la Fe católica; y por todas partes, en plazas y paseos, artísticas estatuas, grupos de bronce y mármol, monumentos de la gratitud nacional á los mexicanos ilustres.

Imposible nos sería detallarlos y aun todos nombrarlos; y al guardar silencio sobre su mayor parte será por falta de tiempo y espacio, mas nunca por falta de mérito en ellos.

De tres clases de monumentos debemos dar noticia á nuestros lectores: de los antiguos ó de los indios, que desarrollan ante nuestra vista todo un panorama de civilizaciones muertas y de pueblos que pasaron por el continente, en remotos tiempos, dejando escrita su historia en perdurables páginas de basalto; de los hispano-americanos, reivindicaciones históricas, que con su lenguaje mudo nos recuerdan aquellas razas heroicas que conquistaron para la civilización moderna, innumerables pueblos de gentiles y edificaron un templo á Dios en cada plaza y un templo á la ciencia en cada esquina. Y por último, de monumentos modernos, manifestaciones de la gratitud mexicana á los benefactores de su patria, manifestaciones de su actividad y labor, de sus altas virtudes cívicas y de su progreso intelectual.

II. Al penetrar en el salón de arqueología del Museo Nacional y vernos rodeados por todas partes de ídolos indios y piedras jeroglíficas; de extrañas figuras de traquito representando al cruel dios *Huitzilopochtli* ó á la poética *Chalchicueye*; á *Quetzalcoatl*, la estrella-serpiente vestida de plumas, ó á la tétrica *Coatlicue*, diosa de los muertos, parece que nos encontramos en otra atmósfera y en otra época, y que aquellos inanimados monolitos se agitan y despiertan á la vida para hablarnos de cosas que fueron.

En medio de este cementerio de recuerdos, Panteón de la Roma azteca, formado, no por el paganismo de una religión sino por la religión de la ciencia, se destacan gigantescas y frías, dos enormes rocas que simbolizan toda una raza curiosísima, de alta significación histórica en el continente americano; pueblo adornado de grandes virtudes y de grandes crímenes, extraña mezcla de civilización y barbarie.

Esas piedras monumentales son el famoso *calendario* azteca y el *cuauhxicalli* de *Tizoc*, ó piedra de los sacrificios. Revela el primero el estado próspero del arte escultórico y la ciencia geométrica, entre los indios, así como sus notables conocimientos astronómicos y toda su poética teogonía. La segunda revela dos cosas opuestas: arte y barbarie. Sobre esta piedra labrada con finas labores de cincel, cuyo gusto artístico descubre el sentimiento de la belleza en sus autores, se abría con crueldad, á golpes del cuchillo de obsidiana, el pecho de las desgraciadas víc-

timas humanas, y se las arrancaba el corazón para ofrecerlo humeante y sangriento al terrible *Huitzilopochtli*.

El calendario azteca es una enorme roca cuya figura geométrica debió responder en su origen al paralelepípedo rectángulo, habiendo desaparecido parte de la base. Su peso actual se calcula en 24.460 kilogramos, teniendo por diámetro medio tres metros y cincuenta y cinco centímetros. Su materia pertenece al pórfido trapeciano gris-negro, de base de *wake* basáltico, según Humboldt que la examinó aten-



EL CALENDARIO AZTECA

tamente, encontrando en ella anfíbola, cristales de feldespato vidrioso y pajitas de mica. No carece de importancia saber la clase de granito en que se labró el calendario, porque ella indica que tan enorme y pesada mole se transportó por los indios desde gran distancia á la ciudad de México, toda vez no se encuentran rocas de esta naturaleza en muchas leguas á la redonda.

Esta piedra estaba colocada en el gran *Teocalli*, ó templo de los dioses azteca, y cuando su destrucción por las tropas de Cortés, fué abandonada en la plaza principal, donde mandó enterrarla el arzobispo Montufar, por los años 1551 á 1569, en expiación de los grandes delitos de muertes cometidos sobre ella, al decir de un his-

toriador; pero la casualidad hizo hallarla el 17 de Diciembre de 1790 al practicar algunas excavaciones para la nivelación del empedrado. Entonces se colocó arriada á una de las torres de la catedral de donde se trasladó en 1885 al Museo.

Fué labrada en 1479, según el Sr. Chavero y reinando en México *Axayácatl*, y aunque aquel distinguido historiador asegura que era una piedra para sacrificios y que el día de su consagración, en 1481, el mismo emperador *Axayácatl*, estuvo sacrificando *sobre ella* hasta cansarse, otros historiadores y arqueólogos niegan este horrible carácter al monolito y lo consideran puramente un calendario, en el que seguían los sacerdotes aztecas no sólo la marcha de las horas diurnas, sino los días del mes y los años del *ciclo*, por medio de una combinación de gnómones é hilos.

Innumerables páginas se llevan escritas por sabios anticuarios sobre el objeto de esta piedra, sin que hasta la fecha se hayan puesto de acuerdo, ni aun en el punto, que puede ser fundamental, de si su posición era vertical ú horizontal. El Sr. Chavero dice que *horizontal* para explicar su oficio de piedra sacrificatoria y comprobar su opinión de que la flecha grabada sobre el signo del Sol, indica la meridiana, ambas cosas imposibles si la piedra había de colocarse verticalmente como hoy lo está en el Museo. Nosotros, sin autoridad alguna para contradecir á tan entendido sabio, sólo haremos observar que la piedra carece de concavidad en el centro y canal para el desalojo de la sangre de las víctimas, como poseen todas las piedras que estaban destinadas al sacrificio; y que las delicadas labores de la superficie del monolito no podrían sufrir, sin pronto deterioro, los golpes del cuchillo de obsidiana y los bruscos movimientos que en su agonía horrible harían los sacrificados, por muy sujetos que se hallaren. Hay otras consideraciones: la prolongación plana de la piedra al rededor del cilindro no permitiría colocar el *yugo* á la víctima ni que se arrimasen fácilmente los sacerdotes que habían de sujetarla por brazos y piernas, y por eso el *cuauhxicalli* de Tizoc es cilíndrico todo él y de altura á propósito. Por otra parte, el mismo Sr. Chavero hace una explicación del uso de los gnómones que no permite dudar que el monolito en cuestión era un gigantesco reloj de sol, como asegura el distinguido arqueólogo mexicano D. Antonio León y Gama; que además de las horas, señalaba fielmente los solsticios, y en él era sumamente sencillo llevar la cuenta de los días y los años, ya que estuviere colocado horizontal ó verticalmente. Nos inclinamos á creer en la primera de estas posiciones y con la flecha dirigida al Sur, porque de este modo no sólo la sombra de los gnómones indicaba el paso del Sol por el meridiano, sino que la lectura de los signos coincidía con la dirección del movimiento aparente del astro del Este á Oeste.

En nuestra modesta opinión, los gnómones, caso de usarlos, estarían ligados por los hilos en la forma que señala el grabado de la página siguiente.

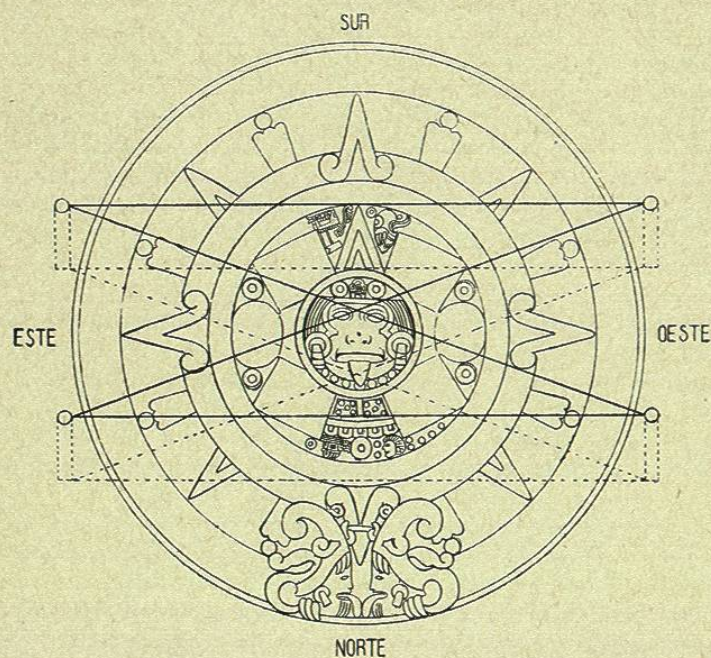
Las líneas rectas negras indican los hilos y su sombra en el solsticio de verano, en el momento en que el Sol pasa á las 12 por el cenit de México, y la conjunción de los vértices de los triángulos de sombra marca el medio día en la frente de *Tonatiuh*. Las líneas de puntos indican la sombra de esos mismos hilos en el solsticio de invierno y el paso del Sol por el meridiano lo indica la conjunción de los ángulos en la lengua del símbolo.

Esa misma conjunción de ángulos de sombra, al propio tiempo que camina de Sur á Norte ó retrocede de Norte á Sur, según los meses del año, se mueve diariamente de Oeste á Este, indicando las horas. De este modo los movimientos de esa sombra imitan perfectamente los del Sol, cuando sube al Norte ó baja al Sur y cuando sale y se pone para los habitantes de México.

Claro está que la altura de los gnómones, en cuyo extremo se deben sujetar los hilos, ha de regularizarse para que el espacio recorrido de Sur á Norte por el vértice de los ángulos de sombra, esté comprendido entre dos signos de la piedra que indicaran los solsticios, y aunque hemos señalado, en la figura que antecede, dicho espacio comprendido entre la frente y la lengua de *Tonatiuh*, haciendo más altos los gnómones lo tendríamos comprendido entre la punta y el cabo de la flecha, donde precisamente están grabados los signos que, según el Sr. Chavero, significan los días de los solsticios.

Daremos ahora una sucinta descripción de tan importante monumento.

En una de las caras del enorme monolito hay inscrito de relieve un cilindro de 3 metros y 35 centímetros de diámetro por 37 centímetros de profundidad, que es el *calendario*. En su centro, dentro de un círculo, aparece la máscara sagrada del Sol (Tonatiuh) con la lengua fuera, símbolo de la luz. Sobre la frente tiene grabado el signo *ome acatl* que indica ser el primer sol del ciclo de 52 años. Rodean á *Tonatiuh* cuatro aspas y entre ellas dos herraduras: las primeras contienen los signos de los cuatro soles ó edades; *Sol de Agua* (Atonatiuh), *Sol de Aire* (Ehecatonatiuh), *Sol de Fuego* (Tletonatiuh) y *Sol de Tierra* (Tlaltónatiuh), estando separadas las dos superiores por la flecha que, según Chavero, indica la meridiana y marca el Sur.



Las garras inscritas en las dos herraduras son, según unos, *Cipactonal* y su mujer *Oxomaco*, inventores de la astronomía, pero en realidad son las garras de *Tzontemoc*, el Sol en la noche, y dividen el hemisferio antípoda del que recorre el Sol durante el día.

La primera faja circular que rodea los signos descritos, está dividida en veinte porciones correspondientes á los veinte días del mes azteca, y en cada porción hay grabado el signo de cada día en el orden que sigue, empezándose á leer por el que está sobre la flecha de la meridiana, á la izquierda y continuando así de izquierda á derecha del lector hasta terminar en el signo *xochitl* (flor) que está sobre la punta de aquélla á nuestra derecha. He aquí los nombres y significados de los signos aludidos:

Día 1	Cipactli, luz primera.	Día 11	Ozomatli, mona.
— 2	Ehécatl, viento.	— 12	Malinalli, planta retorcida.
— 3	Calli, casa.	— 13	Acatl, caña.
— 4	Cuetzpallin, lagartija.	— 14	Ocelotl, tigre.
— 5	Cóatl, culebra.	— 15	Cuauhtli, águila.
— 6	Miquiztli, muerte.	— 16	Cozcacuauhtli, ave de presa.
— 7	Mázatl, venado.	— 17	Ollin, movimiento.
— 8	Tochtli, conejo.	— 18	Tecpatl, pedernal.
— 9	Atl, agua.	— 19	Quiahuitl, lluvias.
— 10	Itzcuintli, perro.	— 20	Xóchitl, flor.

Sobre este círculo y dividiéndolo en cuatro partes iguales, se apoyan otros tantos ángulos ó *rayos de sol*, que indican las cuatro horas de la mañana, así como los que se ven en la zona siguiente representan las de la tarde y juntos á las ocho aspas en forma de carcaj, colocadas simétricamente entre los rayos, y que señalan las ocho horas de la noche, forman el período de 16 horas en que los aztecas dividían el nuestro de veinticuatro.

La zona inmediata á la de los días del mes se divide en cuarenta cuadretes visibles y doce que se suponen ocultos por los cuatro rayos de la mañana, sumando cincuenta y dos que es el número de años que componía un ciclo. A esta zona sigue otra bordada de pequeñas aspas y sobre ellas ocho puntos, y entre esta zona y la última, hay un espacio con algunos signos, en los cuales ven ciertos intérpretes, llamas, simbolizando la atmósfera de luz que rodea al Sol: pero esa región pertenece ya á las horas de la noche y es por lo tanto el reino de las tinieblas.

La última orla del calendario se compone de cuadretes con el signo *acatl* (caña) en todos ellos rodeado de puntos. Estos cuadretes están combinados como las escamas de una culebra y puede observarse, en efecto, que figuran dos reptiles cuyas cabezas se juntan abajo del círculo y terminan arriba en colas puntiagudas, entre las que se ve grabado el signo *13 acatl*, que corresponde á 1479, año en que se labró este monolito.

Las caras que salen por las bocas de las culebras representan á *Tonatiuh* y *Quetzalcóatl* ó sean el sol poniente y la estrella vespertina.

La parte exterior de todo el cilindro, que tiene un grueso de 16 pulgadas, está finamente esculpida con signos que pueden ser simplemente de ornato ó representar el espacio y sus constelaciones.

Tal es el más valioso de los monumentos aztecas que se conservan en el Museo, y que revela, como dijimos al principio, el adelanto portentoso de los indios en las artes y en las ciencias. ¡Lástima que á su lado se encuentren otros monumentos, no menos artísticos, que denuncian en aquellas razas un fanatismo religioso, cruel y sanguinario!

III. El *cuauhxicalli* (*), llamado de *Tizoc*, por representar á este emperador azteca en sus relieves, es una enorme piedra de traquito, cilíndrica, de 2 metros 55 centímetros de diámetro por 86 centímetros de alto, con todo el aspecto de una piedra para sacrificar. En la parte plana superior, y en su centro, hay una concavidad, á modo de pileta, en la que principia una canal, abierta de arriba abajo por el borde del cilindro, cuyo oficio está bien claramente indicado: servía para desalojar la sangre de las víctimas, reunida en la pileta. Al rededor de ésta está grabada la imagen del Sol en relieves más burdos que los del *calendario* y se les ve desgastados por el roce con el cuerpo de las personas sacrificadas y por los golpes de los instrumentos de suplicio; lo que apoya nuestro aserto de que sobre el *calendario* nunca se sacrificó, pues no quedaron estas horribles indicaciones en sus finas labores de cincel.

En la parte convexa del monolito se grabaron también, en medio relieve, multitud de figuras y signos que representan á *Tizoc* y sus capitanes, conduciendo cada uno, sujeta por los cabellos, una víctima humana destinada al sacrificio.

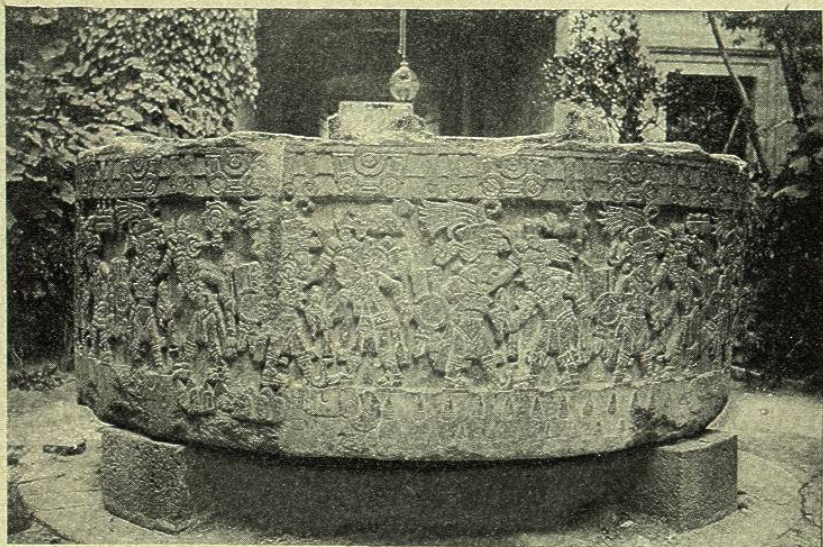
No obstante carecer este monolito de la gran importancia que tiene el *calendario*, fué también objeto de muchas discusiones entre los hombres de ciencia, ya porque unos ven en los prisioneros víctimas para el sacrificio y otros simplemente prisioneros de guerra: lo segundo simbolizaría entonces las campañas militares de *Tizoc* y no el horrible tributo de sangre humana á los dioses; pero el Sr. Chavero, á quien seguimos gustosos por reconocerle el mérito de haber interpretado muy sensatamente los jeroglíficos aztecas, le aplica los dos sentidos á los relieves del *cuauhxicalli*. Con efecto: tenían aquéllos por costumbre sacrificar al Dios *Huitzilopochtli* (**), únicamente prisioneros de guerra, y caso hubo en que aproximándose una fiesta, y no teniendo esclavos para sacrificar, se movió una lucha armada

(*) Piedra de los sacrificios.

(**) Al numen de la guerra *Huitzilopochtli*, sólo sacrificaban prisioneros hechos en los combates. Los niños y doncellas que también sacrificaban los indios, eran ofrecidos á otras deidades.

contra otro pueblo sin más objeto que el de proporcionarse víctimas. Luego, ambas ideas marchan unidas: prisionero de guerra y víctima para el sacrificio.

La circunstancia de hallarse representadas dos mujeres entre las víctimas, hizo creer á algunos que no se trataba de prisioneros de guerra; pero el signo de cada pueblo conquistado por Tizoc, labrado sobre cada grupo de figuras, indica, indudablemente, la causa y procedencia de tales cautivos.



CUAUHXICALLI DE TIZOC Ó PIEDRA DE LOS SACRIFICIOS

Otros muchos monolitos guarda el Museo que representan, como los citados, los conocimientos científicos y artísticos de los mexicanos, su curiosa teogonía y su accidentada historia, desde que emprendieron la famosa peregrinación al valle del Anáhuac hasta que, perdida su independencia, abandonaron sus bárbaras costumbres para entrar en el seno de la civilización moderna.

IV. — Palacio Nacional

El gran *Palacio Nacional*, suntuosa morada un tiempo del antepenúltimo emperador azteca Moctezuma II, teatro de cien intrigas palaciegas después de la conquista, mudo confidente de las tristes meditaciones de Maximiliano de Austria, testigo de los actos despóticos de algunos dictadores, y en la actualidad albergue del Supremo Gobierno de la República, es de arquitectura pobre y monótona, sin nada notable en su fábrica, como no sean sus gigantescas proporciones que lo hacen uno de los edificios públicos más grandes del mundo.

Pero por su historia, sino por su arte, debemos considerarlo monumento; por su historia llena de recuerdos, fecunda en episodios dramáticos, llena de accidentes, en los que no falta la nota terrible del incendio que por dos veces, la tea de los motines populares, prendió en sus viejos departamentos.

Ni sus muros, ni sus estancias, ni aun su aspecto general, son los que tenía en tiempos de Moctezuma: perdió su *sabor* azteca al adquirir en sus habitaciones y en sus grandes patios, el color de las construcciones modernas.

Este palacio, ó más bien el solar en que se levanta, perteneció á Hernán Cortés, cuando aplastado ya el imperio mexicano, se lo donaron los reyes de España; pero los herederos del conquistador lo vendieron á la Corona que lo adquirió para dedicarlo á palacio del Gobierno. Desde entonces cada virrey, cada emperador y

cada presidente de la república, dejó en los muros, ó en el decorado interior del palacio, recuerdos de su paso por el gobierno: como, por ejemplo, una atrevida escalera al aire, que mandó edificar el emperador Maximiliano y la elegante puerta *Mariana* que mandó practicar en el muro del ángulo NO. el presidente D. Mariano Arista; y no fueron pocos los gobernantes de México que ocuparon el edificio en menos de cuatro siglos: un emperador azteca (Moctezuma II), 5 gobernadores españoles (desde Cortés á Gonzalo de Estrada), dos audiencias, 63 virreyes (desde D. Antonio de Mendoza á D. Juan O'Donojú), un emperador mexicano (Iturbide), uno extranjero (Maximiliano de Austria) y 33 presidentes de la República (desde el General Victoria al actual presidente D. Porfirio Díaz).



MÉXICO. — PALACIO NACIONAL

El área que ocupa el Palacio Nacional no es menor de cuarenta mil metros cuadrados, y de su enorme amplitud puede juzgarse por los departamentos administrativos que en él se encuentran instalados y son los siguientes:

Salones de la Presidencia, Salón para recepción de Embajadores, cinco ministerios (Gobernación, Relaciones, Hacienda, Guerra y Justicia), Archivo general de la Nación, Administración general de Correos, Cuartel de Ingenieros, Cuartel de Artillería, Museo Nacional, Imprenta y Litografía del Timbre, un Observatorio meteorológico y otras muchas dependencias que sería prolijo enumerar. Forma el frente oriental de la extensa plaza de la Constitución; por el Norte ocupa las calles Arzobispado y Moneda, en las que tienen sus puertas de entrada el Correo y el Museo; por el Sur la calle de los Meleros, con entrada al cuartel de Ingenieros, y al Oriente está el de Artillería con entrada por la calle del Correo Mayor.

V. — Escuela de Ingenieros

Atendiendo al mérito de la arquitectura, debemos colocar en segundo puesto, ocupando el primero la Catedral, de la que se tratará más adelante, el monumento arquitectónico conocido por *Escuela de Minas* ó *Escuela de Ingenieros*. Se encuentra en la calle San Andrés, próximo al paseo de la Alameda, y es un hermoso